

EL GUADIANA.

Periódico Literario y Artístico.

PRECIOS.—Cuatro reales mens, llevado á casa de los señores Suscritores; 5 para fuera, franco de porte.

SEGUNDA ÉPOCA.

Biografía Extremeña.

DOÑA ANA CORCHUELO.

(Conclusion.)



ADA día mas adelantada en la vida ascética y penitente Sor Ana de San José, era contemplada con santo y admirable respeto por sus compañeras de comunidad. Dios la hizo muy particulares y distinguidos favores, revelandola algo de sus misterios y mostrandose en distintas visiones.—Enfermó de tisis, y quejandose de sus padecimientos, se le apareció una persona vestida de blanco, que la dijo: *se dispusiera á padecer*; y con efecto al día siguiente sintió en una pierna un dolor intenso, ocasionado por una especie de fuego, que al cabo de nueve días se la quedó casi abrasada. Sus quebrantos iban en aumento, y los sufría con una resignacion asombrosa, hasta que en la noche del 14 de Enero de 1610 falleció á los 48 años de edad y seis de monja. Su muerte fué ejemplar: las monjas acudieron á su celda, donde escuchaba un suavísimo olor; su rostro era apacible, y tenía flexibles los miembros y los pies cruzados, aunque en vida no los podia mover. Se los apartaron y los volvió á cruzar. Otro tanto pasó

con sus brazos, como prueba de que moría, segun habia vivido, *en la cruz*. De su vestido cortaron pedazos para reliquias, y su entierro fué solemne con asistencia del Illmo. Obispo, quien dispuso al cerrar la caja que dentro de ella se pusiera un escrito, espresando quien era la difunta, y como Dios la habia ilustrado en santidad. Celebró el oficio de sepultura el Dr. D. Felipe de la Plaza, dean del Cabildo Catedral. Fué enterada en el coro bajo, y á los cinco años trasladada en medio de las dos rejas del coro; y al descubrirla hallaron entero y unido su cuerpo, y los vestidos sin haber perdido el color. Fué muy numerosa la concurrencia, y D. Gomez de Moscoso no permitió que la destapasen el rostro; pero de los pies sacó la devocion unos huesos pequeños, que han obrado maravillas.—Cubrióse el sepulcro con una losa grande de mármol, que tenia esta inscripcion.

«Præclaræ mulieri, vere forti, nobili Anæ de S. Joseph (olim Corchuelo)»
«his sæculis cûmulo sanctitatis insigni, mundi deliciarum contemptri»
«ci, nec non matrimonii illecebrarum, ac libertatis usus,»
«(habitas post filios ex conjugè D. Gomecio Moscoso, sacris illicò ordinibus initiato)»
«Divina honoris zelo ardentissimæ, huius S. Lucie Cænobiæ ha»
«bitum, velumquæ, indultæ, eloquiis dei aman-
«tissimæ, in domino obitæ, décimo quarto jan-

nuarii auno M.D.C.X.»

«*Præfatus igitur nobilis Gomecius Moscoso, anunc sa*»

«*cerdos, olim in domino amantissimus coniux*»
«*reciprocae charitatis; et gratitudinis ergo.*»

«P.»

F.»

No se ha hecho nada por su beatificación, aunque lo intentaron Sor Margarita de la Cruz, nieta de Carlos V, el señor Zorrilla, y otros.—Sobre su vida se instruyeron informaciones jurídicas con autoridad del ordinario, y por lo que la misma venerable escribió, y todo se conservaba original en el archivo del convento de Santa Lucía, archivo que ha sufrido un gran destrozo en tiempo de la guerra de la Independencia.

La venerable madre fué muy aventajada en el conocimiento de la teología mística, y el libro que compuso es bellissimo. El licenciado Alonso Fernandez Orellana, cura que fué del Sagrario, la llamaba *doctora*. El Padre Estrada, de S. Agustín, le citaba en los púlpitos, y personas reales han hecho estimación de este cuaderno. La señora Infanta Sor Margarita de la Cruz lo tuvo, y se lo dió á leer al Rey D. Felipe III, á quien agradó tanto que se quedó con él, y fué preciso sacar una segunda copia. El cardenal Moscoso, y los prelados Córdoba, Zorrilla, Manrique, y otros, hablaron altamente de estos escritos.—Fr. Juan Aldana, afligido con el mal de la vista, se aliviaba cuando lo leía, y se puso bueno copiándole por segunda vez. El sacristán Matías Ruíz, tisico, con solo tocar el cadaver de Sor Ana curó.—La venerable hizo otros prodigios y curas milagrosas, aun en vida.

La monja Isabel de San Francisco padecía una llaga en la garganta, que se había eczasperado por la aplicación de soliman, y no sintió alivio hasta que Sor Ana le puso sus manos, á ruego de las religiosas. La monja Almeida, paralítica, fué aliviada y curada por sus oraciones un día que la asistía la venerable Ana, quien tuvo una visión de

Jesu-Cristo, que acudia al remedio de la enferma. Sor Juana de San Pedro acometida de un mortal accidente de apoplegia, volvió en sí por las oraciones de Sor Ana, y se tuvo por prodigio.—Habiendo muerto un hijo del médico Adalid, pidió á Dios la religiosa que le diese por quince días las penas que habia de sufrir el mancebo en el Purgatorio; y así fué.—Intercedió tambien por el alivio de doña Elvira de Mendoza, enferma y accidentada; y asimismo por sus oraciones sintió alivio, Maria de San Gerónimo, lastimada del pecho: así lo han declarado las monjas bajo juramento.—La religiosa Almeida mejoró sus costumbres por las oraciones de Sor Ana, y el hijo de esta señora, D. Francisco fué curado de una quebradura á los dos años, por haberlo pedido su madre en el día de San Diego.

Seria molesto el referir todos los prodigios que se atribuyen al merito de las oraciones de la venerable; pero ellos han confirmado la opinion de santidad en que se la tenia, y de esta dicha recibe honra y gloria la ciudad de Badajoz.

La comision de monumentos decidida á honrar la memoria de los ilustres hijos de esta capital y su provincia, cualquiera que sea el concepto de su celebridad, ha acordado trasladar las cenizas de la referida Sor Ana Corchuelo del que fué convento de Sta. Lucía, y hoy es propiedad particular, al monasterio de Santa Ana: es digno de elogio este pensamiento.

R. LOPEZ BARROSO.

Consultas de los profesores de medicina y cirugía.



os profesores que suscriben faltarian á un deber sagrado sino llamaran la atención de los habitantes de esta capital, hácia un abuso muy notable, que por ser perjudicial, así para los

desgraciados enfermos participantes de su dañosa influencia, como para la reputacion y buen nombre de los facultativos encargados de aliviar las dolencias de la humanidad, es menester que desaparezca.

A espresarnos de este modo, bien se comprenderá que no hablamos de las consultas, útiles casi siempre y en muchos casos necesarias; hablamos de esa innoble práctica conocida con el nombre de *asistencia en clase de acompañados del médico de cabecera*, la cual vive y prospera embozada con el manto honoroso de las consultas como la hipocrisia con la máscara de la virtud.

Las consultas cuando sean útiles ó necesarias, deben provocarse, ya por el enfermo y por su familia si el facultativo encargado primitivamente de la asistencia no les inspira ya confianza, ó tambien por el mismo profesor de cabecera cuando la enfermedad sea complicada, de conocimiento dificultoso, rebelde á los medios que haya empleado para combatirla, ó en el caso de que las afecciones de amistad ó parentesco no le permitan fiarse de sus propios conocimientos.

Pero si bien es cierto que las consultas son útiles y necesarias en los casos anteriormente mencionados, ¿podremos asegurar lo mismo de la costumbre indicada, que viviendo á la sombra de aquellas, y desvirtuándolas, no tiene en su apoyo otra razon que su misma existencia? No lo creemos así, puesto que vemos en todas partes del mundo que los facultativos consultan los casos árdulos y peligrosos, y en ninguna observamos esos *acompañamientos* reprovados legítimamente por el sentido comun.

Pero aunque estuviese recibida esa práctica inculcable en algunas partes mas que en Badajoz, ¿sería esto bastante para juzgarla buena? Y no siéndolo como después demostraremos, y cuando tantos males ocasiona, ¿por qué ha de estar en moda?

Los facultativos llamados á consulta, después de observar al enfermo, de oír aten-

tamente al médico de cabecera, y de reflexiones con madurez todo lo concerniente á la enfermedad, proponen cada cual por su parte, con arreglo á sus conocimientos y á su conciencia, el plan curativo que debe adoptarse; el cual, si hay unanimidad de pareceres, desde luego se pone en práctica por el médico de cabecera. Pero en Badajoz no sucede así; quédanse dirigiendo el plan cuantos facultativos asistieron á la consulta tomando el nombre de acompañados; costumbre perniciosa que intentamos estirpar. Porque verdaderamente, ¿quien no tendría por loco al litigante, que después de haber consultado á varios letrados sobre un negocio intrincado, se empeñase por la sola razon de estar todos unánimes en opiniones, en que todos ellos dirigiesen su pleito, poniendo cada cual un escrito? Pues la redaccion de un escrito y la direccion de un negocio es en la práctica legislativa, lo que la prescripcion de un remedio y la direccion de un plan curativo acordado en junta en la práctica de la medicina.

Pero si esta corporacion no convence para decidirse á favor de la asistencia y direccion de un solo profesor, la concurrencia de dos ó mas, ó lo que es lo mismo, el sistema de asociados debiera desecharse al punto, por ser perjudicialísimo para el enfermo, para su familia, y para la reputacion y buen nombre de los asociados.

Para el enfermo, porque ninguna ventaja reporta de ser visitado, preguntado, reconocido y molestado diariamente, multitud de veces por varios facultativos; porque se cansa de dar el pulso, de enseñar la lengua &c.; y porque su misma tranquilidad puede desaparecer al escuchar de algun profesor una palabra indiscreta ó un gesto intempestivo. Mas demos por supuesto que todo lo precedentemente dicho sea poco digno de tomarse en consideracion para aniquilar la costumbre de *asociaciones*. Aun en ese mismo caso nos sobrarian razones que oponer

á tan odiosa costumbre, siendo una de ellas, que no aprovechan al enfermo las inspiraciones que puedan tener los facultativos, porque para ser puestas en práctica tropiezan al instante con las opiniones de los de mas asociados. Y de tal manera es esto así, que aun estando acordes en el plan general, si se trata de dar un purgante v. gr., cada cual propondrá uno, y querrá que se prefiera á los demas, naciendo de aquí interminables discusiones sobre cuál ha de ser el predilecto, y dada que sea ya la preferencia á uno, entra luego otra discusion sobre el modo y forma de ser administrado, proponiendo este que sea á dosis altas, aquel á dosis bajas, uno por la tarde y en pildoras, otro por la mañana y en polvos, y suele decirse por lo general que no se administre en la forma y modo que desea el que lo propuso; por manera que sufriendo todos los demas remedios las mismas vicisitudes que este, el enfermo se muere ó sana con un plan curativo verdaderamente mosaico, sin aprovecharse de ninguna de las inspiraciones prácticas que puedan tener los asociados. Y no se nos venga diciendo que el que tenga una idea feliz para curar al doliente debe hacerla valer, porque faltando todos los medicamentos alguna vez en sus efectos, si insiste demasiado en su administracion, ademas de adquirir el renombre de discolo y disputador, perderá su opinion que es para él tanto como su misma existencia, sino produce todos los efectos que eran de esperar de su administracion. Hay mas, con la asistencia de *médicos asociados* los enfermos sanan ó mueren; si acontece lo primero todos dicen como amantes de su opinion «mi remedio lo ha salvado»; y si muere, todos pronosticaron muy de antemano la desgracia; y si alguno es modesto y calla, entonces ¡...! Ademas de esto, como los *asociados* tienen que ceder los unos á los otros, y no se sigue estrictamente lo que uno propone, y haya de adoptarse el plan mosaico que no reconoce padre;

y como por otra parte tampoco están esentos los médicos de pasiones y miras personales, y como la responsabilidad de mal éxito, ó gloria del bueno, haya de repartirse entre todos, tocando mayor parte al que mas se aproxime al enfermo y que mas medicamentos le prescriba, pudiera suceder muy bien que todos se egrupasen al rededor del enfermo y todos propusieran remedios con profusion cuando la enfermedad declinaba para pretender cada uno esclusivamente la gloria de haberlo curado: mas si por el contrario el mal se agrava, todos pudieran huir el compromiso no queriendo ninguno proponer remedios, porque si muere el paciente mientras los toma atribuiríase la muerte al que los propuso, y apareceria ante el público como el facultativo de menos tino practicó. Véase pues como en circunstancias dadas el enfermo asistido á la vez por muchos profesores puede llegar á verse poco menos que abandonado, sino en apatiencia en realidad: y lo contrario sucederia si un solo facultativo lo asistiera, que como responsable del bueno ó mal éxito de su plan curativo, mientras mas se escasperase el mal, mayor interés se tomara por el paciente, y efecto de este mismo interés surgen á veces las inspiraciones felices que salvan á los enfermos y que constituyen la gloria y forman la nombradía de los prácticos célebres. Es necesario pues, destruir ese terreno movedizo donde el interés del enfermo y del médico, con sobrada frecuencia, están encontrados.

Tambien digimos que la familia del enfermo era perjudicada por la costumbre de *asociados del médico de cabeza*; vamos á demostrarlo. Nada diremos de lo gravesos que son tantos médicos haciendo cada uno tres ó cuatro visitas diarias, porque cuando peligra la vida nadie repara en el oro; nos limitaremos á indicar solamente que los *asociados* agravan sin que puedan evitarlo las angustias de la familia que los llama para

asistir á un hijo, á un padre ó á un hermano. ¿Y como no han de agravarse aquellas penas cuando oye una perpétua discusion de opiniones, que aunque realmente no sean encontradas, se las imagina tales supuesto, que no hay discusion donde hay uniformidad de pareceres? ¿Puede haber cosa mas desgarrante para el corazon de una madre afligida que oir á un facultativo cuando es preguntado separadamente, acerca del estado presente de la enfermedad, que su hijo está mejor, á otro que está peor, á otro que sigue en el mismo estado, y á otro que se muere infaliblemente? Semejantes contestaciones, inevitables porque son hijas del convencimiento de los *asociados*, y que tantos pesares acarrearán á la familia del paciente, y tanto descrédito para los profesores del arte de curar, porque deduce de ellos nuestra ignorancia ó escasez de conocimientos, se evitarían arrancando de cuajo hasta las últimas raíces de tan absurda costumbre de *asociaciones*.

Y siendo esto así, ¿quién dudará acerca del último extremo que nos propusimos demostrar que tal práctica mengua y adelgaca la opinion mejor sentada de los profesores de medicina? Todos sabemos que la familia del doliente, ansiosa por conocer ya el estado presente de la enfermedad, ya el valor de algun síntoma nuevamente presentado, ya el efecto de algun remedio que se está administrando, ya en fin el pronóstico del padecimiento; pregunta separadamente á cada uno de los *asociados* acerca de [redacted] el pronóstico de [redacted] menos aventurado, y las contestaciones que oye no sean idénticas, vuelve á formar juicios desfavorables, no solo acerca del valor y conocimiento de los profesores sino tambien de la certidumbre de la ciencia médica. Y estos juicios que tienen por base acerca las respuestas discordes de los preguntados corren de boca en boca, añadiéndole cada cual, ó

quitándole lo que mejor le parece, originándose de aquí el descrédito de los profesores, y la poca consideracion con que se les mira. Hasta en el caso de alivio del paciente se habla mal por la ciudad de la costumbre de *asociados al médico de cabecera*, porque no falta quien diga que se provocan á menudo estas asociaciones con el piadoso fin de esquilmar los bolsillos de los enfermos, y aunque solo fuera por evitar las ocasiones de semejante sospecha debiéramos proscribir esa costumbre.

En resumen debía abolirse la costumbre de *asociados* por perjudicial al enfermo, á su familia y á la reputacion y buen nombre de los profesores del arte de curar; y convencidos, como lo estamos los que suscribimos, de que tanta mayor dificultad hay de curar un enfermo cuanto mayor número de facultativos que le asistan, y no permitiéndonos nuestra conciencia autorizar por mas tiempo con nuestro concu so abusos tan perjudiciales, hemos resuelto: 1.º, no encargarnos de la asistencia de ningun enfermo asociados con otros compañeros; 2.º, no devengar honorarios por las consultas que propongamos, escepto en los casos de cirugía operatoria, pues de esta manera alejaremos sospechas poco decorosas á nuestra reputacion; pero siendo el enfermo ó su familia quien las promueva, tendremos iguales honorarios que los demas facultativos.

Bien se nos alcanza que alguno de los que no suscriben podrá sacar de todo lo que antecede inducciones que juzgue opuestas á su decoro, pero protestamos que serán gratuitas, y podemos asegurar que la mayor parte de esos mismos que no suscriben están acordes con nuestras opiniones emitidas anteriormente.—José Espárrago —Manuel Alvarez de Alvarez.—Bernardo Belety.—Antonio de Plaza y Romero.—Vicente Espino.

El gabinete de Toileté.

A. L.

Ved la mansion deliciosa,
De Venus mismo morada.
;Estancia voluptuosa!
Tu me recuerdas la hermosa
De mi pecho idolatrada.

Todo aqui respira amor,
Do quiera la imagen veo
De mi querida Leonor;
Y este sifio encantador,
Que repite su voz creo.

El brillo, ya amortiguado
Tiene esta rosa fragante;
De tu seno macarado,
Con sus labios la ha tomado,
Ídolo mio, tu amante.

Esos lazos, esa flor,
Que ayer tu adorno han formado,
Aun escalan el olor,
Encantadora Leonor,
Del cabello perfumado.

Allá... el inútil coró
Que tus gracias aprisiona,
La chinela donde el pie
Holgado está... el canapé
Donde muelle se abandona.

De sus encantos el velo
Estrecho á mi labio ardiente,
Y me figuro en mi anhelo,
Gozar con ella en cielo
El placer que el alma siente.

Este asilo misterioso,
La mansion es del amor
En ella, del sol radioso
Penetra, mi dueño hermoso,
Débilmente el resplandor.

El ambiente perfumado
Que siempre respiró aqui,
Escita dueño adorado,
El fuego mal apagado,
En que me abraso por tí.

Ven muger angelical;
Deja mi dulce Leonor
Que este dichoso mortal,
En tu rostro celestial,
Imprima el sello de amor.

Luis de Solís.

SOCIEDAD LITERARIA.

ARTURO.

Hemos recibido el primer tomo de esta preciosa novela de *Eugenio Sue*, perfectamente traducida por nuestro amigo *D. Victor Balaguer*.

LA CRIOLLA

Y LOS JESUITAS.

Se ha publicado el primer tomo de esta novela, escrita entre agri-dulce y joco-serio, por el *Tío Fidel*.

Volvemos á recomendar eficazmente á nuestros lectores *La ciencia Constitucional y política* de don Camilo Antonio Valdespino; obra de una utilidad inmensa, en una nacion en que impera el gobierno representativo —Tambien nos creemos en el deber de volver á recomendar *Tirios y Troyanos* del distinguido literato don Miguel Agustin Principe.

Badajoz.—Imprenta de D. G. Hoyuelos.

EL JUDIO ERRANTE.

Se ha repartido el 7º tomo, y último volúmen de la edicion ilustrada.

Renueva la suscripcion por otros doce números á 20 rs.